

pretorio de los martirios; resolucion que le impulse sin vacilar un instante, á abrazarse con aquellos tormentos, con aquellos martirios, con aquellos dolores, capaces por sí solos de dejar sin vida á toda la humanidad.

El amor divino, pues, que impulsaba al Redentor, que le sostenia, que conservaba en su humanidad sacratísima la llama de la vida en medio de tantos martirios, es un misterio como Dios; es incomprendible como Dios; es infinito y grande como Dios, y es tan cierto como Dios. ¿Qué tiene de extraño, pues, que Dios quisiera sufrir lo que ningun hombre habia sufrido, lo que ningun mortal sufrirá nunca? Solo los espíritus que han elevado en su corazon un altar á su detestable egoismo; solo los espíritus frívolos y superficiales que nada quieren creer de cuanto se les figura imposible, por sola la razon de que ellos son incapaces de intentarlo; solo esos espíritus que reniegan de sí mismos, y que al parecer les importa poco verse despues de muertos, arrojados á un muladar, ó ser sepultados en la fosa de los hombres, solo estos espíritus pueden tachar de incomprendible el lenguaje que hemos empleado, para describir los sentimientos que agitaban el corazon del divino Redentor, mientras su precioso cuerpo era objeto de los martirios mas refinados, de los tormentos mas crueles, y tormentos y martirios que por su crueldad y grandeza paralizan los latidos del corazon, y producen el vértigo á la cabeza mas firme y despreocupada.

¡Oh amor de Dios, que siempre serás para nosotros un misterio!, porque formas parte de la naturaleza divina! Si los hombres no te comprendemos, haz que sintamos tus efectos; haz que tu llama sagrada arda en nuestros pechos; haz que tu fuego amoroso abraza el mundo, y purifica la tierra con tus ardores, y levanta á tí los corazo-

nes de los hombres tibios y que te desconocen, para que vivan entre nosotros la felicidad y la paz, como preludio de la paz y felicidad eterna que se goza con tu posesion en la gloria inmarcesible de los cielos!

Los soldados del pretorio se cansaron, por fin, de atormentar á Jesús, y de mofarse de él. Dejaronle entonces.

El Redentor se hallaba tan completamente desfigurado, que su misma inmaculada Madre solo le conociera por la atraccion que sobre ella ejercia la naturaleza divina del Hijo; se hallaba tan oprimido por los insufribles tormentos que sentia, que á la verdad solo una calificacion le era propia. Esta calificacion se la aplicara el profeta muchos años antes, cuando dijo de él que seria el *hombre de los dolores*.

CAPITULO VI.

¡Eccé Homo!

Las palabras de Cornelio, los misteriosos terrores que affligian á Claudia, y mas que todo el grito de su conciencia, que acusaba de cruel y de injusto al pretor, tenian á Pilatos sumergido en un parasismo para él inesplicable. Pasaban los momentos y el esposo de Prócula solo en el salon del tribunal, tenia miedo á no sé qué misteriosos presentimientos que le amenazaban.

Y en esta absorcion profunda, en este parasismo, en esta especie de lucha, ó de no sé qué de terrorífico, estuvo

el Pretor mas del tiempo suficiente para azotar á la inmaculada Víctima. Y este tiempo que Pilatos pasó dominado por las emociones que le combatian, por los presentimientos que le anonadaban, por los remordimientos que le destrozaban, aprovecharonle los crueles pretorianos para atormentar al Cristo con la coronación de espinas.

Cuando el Pretor salió de su abatimiento, acordóse de que Jesucristo debía haber sido azotado ya; acordóse de que el pueblo judío, amotinado en la plaza, esperaba la suprema decision, la definitiva sentencia.

—¡Oh!—dijo Pilatos levantándose y suspirando:— es preciso terminar este malhadado asunto; es preciso hacer un esfuerzo, para poner en libertad á ese pobre inocente!... Sí, sí; es preciso, porque si esto se prolonga mucho, yo temo enloquecer.

Y haciendo una pausa continuó:

—Singular situacion es la mia, y extraño por demás cuánto me acontece! No dudo que no hay en todo el imperio un juez que sienta lo que yo siento ahora!... ¿Quién será ese hombre? Yo no lo sé, ni me importa saberlo. Y á pesar de todo influye poderosamente en mi ánimo, hasta el extremo de conturbarme. Pero estoy conturbado por una extraña fascinacion que obre Jesús en mí, ó lo estoy por la conciencia que tengo de la injusticia con que procedo?... Yo no lo sé tampoco, pero es lo cierto que no he sentido jamás lo que estoy sintiendo ahora. ¡Oh! concluyamos por fin, porque si no voy á enloquecer; concluyamos y hagamos el último esfuerzo para salvarle.

Y dicho esto, ordenó que el jefe de los lictores le acompañara al Señor, para presentarlo al pueblo, á fin de conmover sus entrañas, é inducirle á compasion. ¡Vano intento! Mas fácil hubiera sido conmover las rocas de gra-

nito de los montes vecinos; mas fácil hubiera sido mover á piedad los enormes sillares de mármol, de que el templo se hallaba fabricado. Pilatos era del pueblo, y no conocia al pueblo.

El jefe de los lictores al presentarse al pretor para recibir órdenes, temió la esplosion de la cólera de Pilatos, viendo el estado en que Jesucristo se hallaba, y al efecto intentó prepararle, diciéndole que no habia podido contener á los pretorianos, quienes viendo en el Cristo un judío tan solo, habian tratado de desahogar en él todo el desprecio, toda la ira que contra los hebreos se replegaba en sus pechos salvajes.

—Y bien;— dijo el Pretor con malhumorado tono:— ¿qué ha sido ello?

—Despues de azotarle con saña, se han divertido con él, mofándole, y dirigiendo en particular sus mofas á los hebreos todos.

—¿Nada mas?—preguntó Pilatos, no pudiendo penetrar el significado que encerraban las palabras del licitor.

—Es que estas mofas han pasado á vias de hechos. Los pretorianos le han coronado de espinas, le han vestido con un súcio manto de púrpura, le han puesto en las manos una caña por cetro, y en esta disposicion hanle rendido honores que son la parodia de los honores reales.

Pilatos se reconcentró en sí mismo. No sabia lo que debia hacer en aquel momento, si castigar á los pretorianos, que de tal modo se escedian, ó si premiarles por lo que facilitaban el terrible sarcasmo que deseaba echar en cara á los hebreos.

Cuando salió de su absorcion, dijo al jefe de los lictores con voz de trueno, pero que léjos de salir del corazon, salia de la garganta:

—¡ Ese hombre aquí!

El licitor salió apresuradamente, porque sabia que las autoridades de Roma eran tan despóticas como poderosas; porque sabia que las autoridades de Roma querian ser obedidas prontamente.

Pilatos balbuceó:

—¡ Las burlas de los pretorianos son terribles! ¿Qué habrán hecho con ese pobre Inocente, que por un fatal destino, ha de cargar con las iras que le profesan sus compatriotas, y con el odio que los romanos tienen á los hebreos? Cruel destino es el suyo, mas puesto que yo no lo puedo evitar, sírvame una vez mas para llenar de humillacion á la raza de los judíos; sirva una vez mas para probar á los miserables amotinados, que Roma no les perdona nada, que Roma no deja pasar ni la ocasion mas insignificante, para probarles que le están sujetos, y que acaban de perder la independenciam, de la que tan orgullosos y fieros se manifiestan.

Y aun hablaba el Pretor, y mucho mas hubiera dicho, cuando el jefe de los licitores entró en el salon del tribunal, acompañando al desfigurado Salvador del mundo. Pilatos al ver á Jesús se estremeció de horror. Nunca habia presenciado un cuadro mas triste, mas desgarrador, ni que inspirara mas lástima.

En aquel momento de sorpresa, puso los ojos fieramente irritados en el licitor y le dijo:

—¿ Estas son las órdenes que de mí has recibido?

—No he podido impedirlo: — balbuceó el interpe-lado.

—¡ Mientes!... ¿ Para qué estaban en el palacio el Pretor y el centurion? ¿ Para qué tienes la autoridad que se te ha dado?

El licitor balbuceó, temiendo los efectos de la irritacion de Pilatos:

— Creian los pretorianos que si has mandado azotar al reo, era para arrancarle la confesion de las faltas de que se le acusa, y como nada ha revelado en el acto de la flagelacion, y como tú has tardado tanto en llamarle, pensaron arrancarle la confesion apetecida, atormentándole de otro modo.

—¿ Qué dice la sentencia? — preguntó Pilatos con mas fuerza.

— Que sea azotado Jesús de Nazareth.

—¿ Espresa las causas?

— Sí.

— Entonces ya sabias que no era al objeto de obligarle á confesar un crimen, sino que la flagelacion se le aplicaba para castigar en él un delito.

El razonamiento del Pretor era todo lo contundente que se podia exigir, para confundir las imposturas con que el licitor trataba de escusar el acto bárbaro de la coronacion de espinas. Entonces el licitor pensó que mas le valia callar y sufrir la reprimenda de Pilatos, y así lo hizo.

Y despues que este hubo desfogado su malhumor en su dependiente, poniendo otra mirada en el aspecto lastimoso que Jesucristo presentaba, dijo para sí:

—¡ Oh! si en vista de este cuadro de horror los malditos judíos no cejan, preciso es confesar que el pueblo hebreo es un pueblo de fieras, y que se necesita una nacion de cazadores implacables, para esterminarle.

—¿ Puedo retirarme? — preguntó humildemente el licitor, que se encontraba muy mal en aquella circunstancia junto á Pilatos.

—No; espera:—repúsole el Pretor sin dignarse mirar á su subordinado.

El ministro de la justicia romana hizo un movimiento espresivo con los hombros, como denotando que se hallaba resignado á todo, y esperó con calma el fin de aquella escena.

Mientras tanto Pilatos dirigíase de nuevo al balcon del tribunal, para hablar el numeroso pueblo que rugia y se agitaba en la plaza, como rugen y se agitan las olas tempestuosas de la mar.

No bien el Pretor apareció en el balcon del tribunal, el sordo murmullo que dominaba antes en la plaza, fue sustituido por un silencio sepulcral; absoluto. La situacion era solemne, era por demás interesante, y tanto Pilatos como los enemigos del Salvador hallábanse profundamente afectados. Sus emociones, empero, eran de bien diferente índole por cierto.

Pilatos despues de una pausa, durante la cual dominó un poco los descompasados latidos que le daba el corazon, dijo:

—Para satisfacer vuestras exigencias y conciliarlas con la justicia en todo lo posible, he dispuesto que se azotara sin piedad á vuestro compatriota, y está tan castigado por las faltas que haya podido cometer, que al verle espero os daréis por satisfechos.

—Su crimen es enorme, y es imposible que lo espie de otra manera que no sea muriendo:—gritó Anás.

—Enorme es tambien el castigo que se le ha impuesto, enorme hasta el estremo que espero os ha de satisfacer.

—Tus pretensiones son poco menos que imposibles. Los crímenes del Nazareno solo se espian con la muerte!—gurturó Caifás con ostensible procacidad, por haberle pareci-

do hallar en el acento de Pilatos no sé qué sombra de debilidad.

Y las turbas embriagadas por los vapores del inmenso crimen que se estaba llevando á cabo en Israel, repitieron con voz tempestuosa las últimas palabras del príncipe de los sacerdotes.

—¡La muerte!—dijeron, y su voz parecia el eco de la tempestad que descarga sus iras en una comarca vecina, y que amenaza adelantar al país cercano.

Pilatos creyó ver en aquellas voces una imposicion que no le era decorosa, y aquello le devolvió al parecer la energía, que evidentemente habia perdido.

—Es inútil,—gritó con voz de trueno;—que os esforcéis en violentarme. Estoy resuelto á ponerle en libertad, y ¡ay del que se atreva á oponerse á mi disposicion suprema!

Y luego haciendo una pausa prosiguió:

—Nada de reprehensible he encontrado en él; nada que merezca, no digo la muerte, sino ni hasta el menor de los castigos que se le han aplicado para calmar vuestro odio, escitado contra el Inocente. Voy, pues, á conducirlo aquí, para que veais el lastimoso estado en que se encuentra, y despues de haberle visto, ó es preciso confesar que teneis las entrañas de una fiera, ó dándoos por satisfechos, convendréis conmigo en que se halla ya lo suficientemente castigado.

Y sin esperar contestacion, salió resuelto del balcon, penetrando en la sala donde se hallaban Jesucristo y el jefe de los lictores, esperando sus órdenes.

Mientras tanto, los sacerdotes y los principales enemigos del Señor, se hallaban perplejos debajo del balcon. El tono resuelto con que Pilatos supo pronunciar sus últimas

palabras alarmóles verdaderamente, hasta el extremo que muchos de ellos temieron la decision del pretor, y dudaron del éxito de su maldita empresa, que por algunos momentos creyeran asegurada.

El mismo Caifás, falto de esperiencia, y no conocedor del corazon humano, reveló no hallarse del todo tranquilo, pero Onkelos que se habia repuesto ya; Onkelos que al salir del pretorio habia recobrado su aplomo y su maldita razon, dijo al pontífice sumo:

—Nada teneis que temer. El Nazareno se halla verdaderamente desconocido, y dudo que aun cuando le pusieran en libertad, pudiese sobrevivir á los tormentos y heridas que ha recibido, pero como lo que importa es que muera en un patíbulo abandonado de todos, y no en un lecho, asistido por los que le aman, morirá con la muerte de los ladrones y asesinos; morirá con la muerte de los mas inveterados criminales, y tal vez dentro de una hora, le veamos ya enclavado y pendiente de una cruz.

Y al decir esto el fariseo, demostraba tan infernal regocijo como lo hiciera poco antes, cuando los pretorianos atormentaban á Jesús, instigados por las infernales palabras y proposiciones del fariseo.

—Mucha seguridad es la que abrigais, amigo mio. Yo, por mi parte, que deseo tanto como vos la muerte del Nazareno, temo que vuestras seguridades sean efectos ilusorios del patriótico afan que á todos nos anima.

Esto le dijo Caifás, y Onkelos dándose por ofendido de que el pontífice no prestara crédito á las seguridades que le daba, de que Jesucristo moriria en una cruz, con entonacion desdeñosa le dijo:

—Yo nunca me forjo ilusiones; á mí me domina siempre la razon, porque miro las cosas desde una altura que

las miran pocos. Por eso, por grandes que sean las cosas y las empresas no me producen nunca el vértigo, pues las acostumbro á dominar, desde la altura en que me hallo colocado. Esta noche, esta mañana misma, héme visto acometido de la duda y del desaliento, porque observaba no sé que brumas en el horizonte, que así podian convertirse en ligeros vapores y desaparecer, como trocarse en furiosa y asoladora tempestad, que descargando sobre nosotros, nos aniquilara en un momento. Ahora, gracias á mis prudentes esfuerzos, el sol nos sonrie, y el horizonte de Israel se halla inundado de torrentes de luz y de brillante claridad.

El pretencioso panegírico que el orgulloso fariseo hacia de sí mismo, hubo de fatigar á Caifás, que para ponerle término, preguntó á su interlocutor:

—No dudo ya de todo lo que decís, pero permitidme que os pregunte, hácia qué parte veis irradiar el sol de la prosperidad, en el horizonte del asunto que nos trae agitados.

—En la debilidad de Pilatos;—respondióle el fariseo, acercándose á Caifás, y dándole la contestacion al oido.

—¿De veras?—dijo Caifás abriendo desmesuradamente los ojos, como quien no sabe acabar de convencerse de lo que otro le dice.

—No levanteis la voz;—observóle Onkelos, recobrando de nuevo aquella maldita prudencia y sagacidad, que solo el vértigo de la sangre pudo quitarle en el atrio del pretorio:—no levanteis la voz, porque este es asunto delicado, y podria costarnos tan caro, que si llegara á oidos de Pilatos, tal vez tendríamos que llorarle con lágrimas de sangre.

—¡Me dejais admirado!

—Sí, el pretor se halla vencido; hemos llegado á inspirarle miedo; el nombre del César le ha llenado de terror, y si insistimos en nuestro empeño, si, no cejamos ni un momento, si el nombre del César vuelve á llegar á oídos de Pilatos, repetido por la multitud en son de amenaza, no lo dudeis, el pretor caerá vencido á nuestros piés, condenando á la infamante muerte de cruz al Nazareno.

—¿Pues cómo se muestra tan resuelto y decidido?

—Porque quiere hacer el último esfuerzo, pero ese esfuerzo es la mas concluyente prueba de su debilidad. Pilatos ha declarado inocente al Nazareno, y sin embargo para complacernos le ha hecho azotar; pues bien, para complacernos le mandará tambien crucificar. Un esfuerzo mas, y todo ha terminado; la sinagoga habrá conseguido un triunfo definitivo sobre Jesús de Nazareth; Israel habrá dado el primer paso en el terreno de su querida independencia, humillando á Roma la orgullosa.

—¡Ojalá!—suspiró Caifás, con un suspiro que le salia del fondo del corazon; con un suspiro que indicaba bien á las claras que si no estaba convencido deseaba estarlo.

Luego continuó:

—¿Qué debemos hacer ahora?

—Todos los miembros del Sanhedrin, menos vos, vuestro suegro y yo, estenderse por la plaza, mezclarse entre la multitud, inducir al pueblo á pedir lo que nosotros pidamos; no conmovérse por nada, no cejar en nada; continuar siendo exigentes, y el asunto es cosa resuelta y determinada en favor de nuestras pretensiones; y la doble batalla que libramos contra Roma y contra el Nazareno, se ha decidido en favor nuestro.

—Al momento, pues: vuestras indicaciones deben desde luego ponerse por obra:—esclamó Caifás reanimado, como

si su alma desmayada hubiera apurado con las palabras de Onkelos un cordial, propinado por Satanás y preparado en los antros del infierno.

—Sí, al momento, porque no hay tiempo que perder:—repuso Onkelos, indicando al pontífice con un expresivo ademán, lo que desde luego debia hacerse.

Caifás dejó á su compañero de crimen, mientras que reuniendo en torno suyo á todos sus satélites, que en forma de jueces de Israel, por debajo del balcon pretorial se hallaban esparcidos, les mandó á todos los extremos de la plaza, para que confundiéndose con la numerosa multitud de que estaba llena, secundaran al pié de la letra todos los esfuerzos que hicieran los dos pontífices y el fariseo, desde el lugar que hasta entonces ocuparan.

Y con una actividad febril, y con una inteligencia de que hasta aquel momento ninguno de aquellos miserables diera pruebas, y como si todos aquellos personajes fueran piezas de una máquina movida por la inteligencia infernal, pusiéronse en movimiento, esparciéronse por la plaza, comprendieron perfectamente las intenciones de aquellos que les dirigian y mandaban; y con sus palabras exaltaron el pueblo, y le dispusieron mas y mas en contra de Jesucristo.

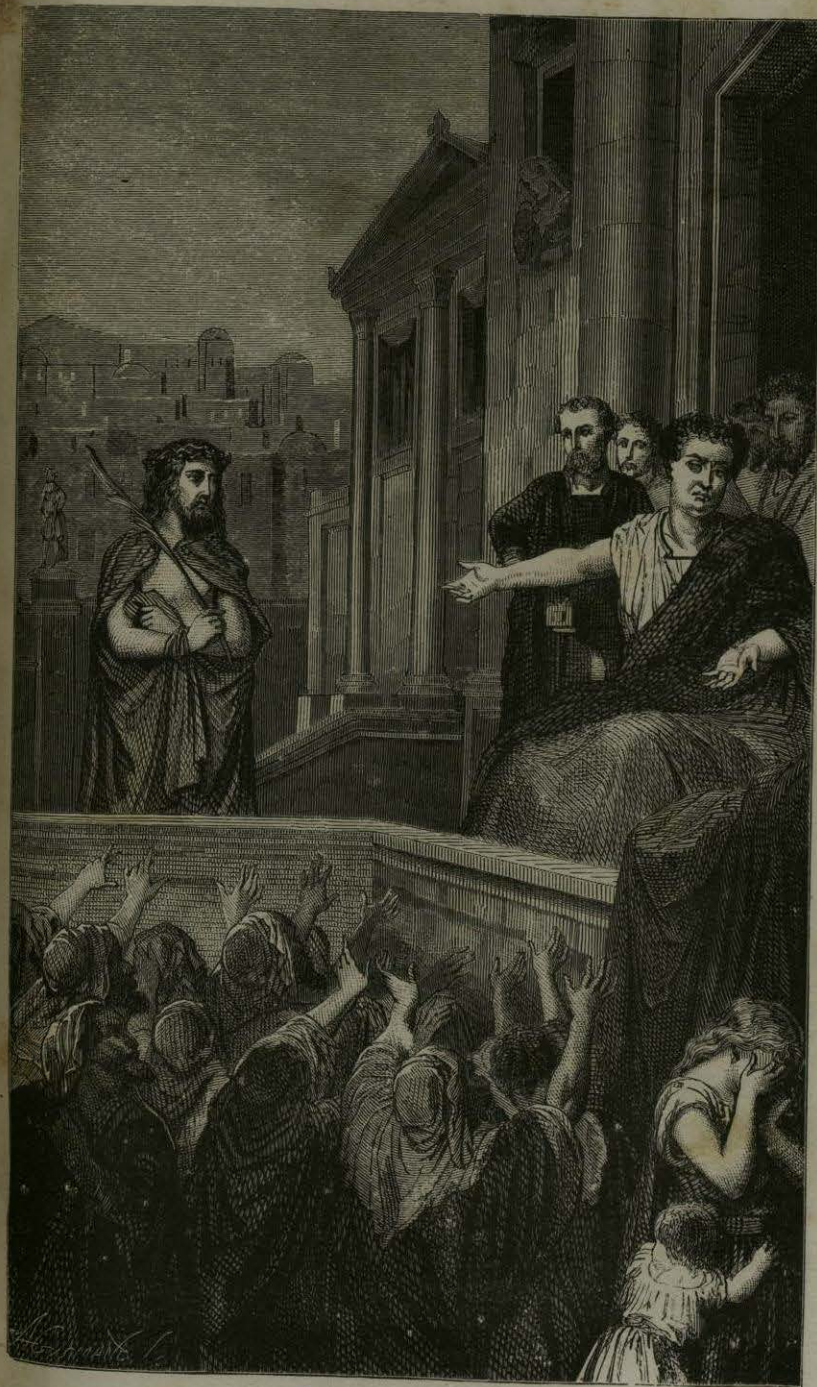
Los amigos del Señor, viendo que sus esfuerzos para salvarle serian del todo inútiles, retiráronse de allí con los ojos llenos de lágrimas y con el corazon desgarrado. Lloraban el crimen inmenso de Israel; lloraban los tormentos del inocente Jesús, que solo el bien habia sembrado por la tierra, y que donde quiera que habia puesto la planta, brotaran beneficios inestimables, como brotan las flores al recibir los tiernos botones los primeros arrullos de las auras primaverales.

Quando Pilatos apareció en el balcon del pretorio , iba acompañado de un hombre, que apenas de hombre tenia la figura. ¡Tal le dejaron los tormentos de la flagelacion y de la coronacion de espinas! Aquel hombre era el Redentor divino; era el Hijo del Eterno, que para salvarnos á todos habia dejado la gloria del cielo, para revestirse de las miserias de la tierra, pero no de las miserias del pecado, triste herencia de los demás hombres.

¡Cómo habian puesto los mortales al Redentor de sus almas ; al emancipador de sus espíritus del yugo tiránico y odioso del pecado!... Á Jesús le seguia el jefe de los liutores del pretorio, que tambien apareció en el balcon, quedándose un paso mas atrás que el divino Nazareno.

El cuadro que presentaba en aquel momento el balcon pretorial era un cuadro indescriptible. Pilatos se hallaba visiblemente impresionado, porque á su pesar el estado de su alma se traslucia por la trasmutacion de su rostro; Jesucristo vestido con un súcio manto de púrpura , con las manos atadas hácia delante, y caidas sobre su divino vientre ; con la cara descompuesta y llena de sangre, y la cabeza cruelmente coronada , con aquella corona que le valieron nuestros pecados, tenia los ojos tristemente inclinados al suelo, y demostraba cuanto estaba padeciendo, por mas que no saliera ni una queja de sus labios, por mas que sus dolores no arrancaran á su corazon divino ni un gemido, ni un suspiro.

El malvado pueblo lo vió, y léjos de compadecerse del estado del Redentor divino , aulló á un mismo tiempo un grito de feroz satisfaccion, de rabia desenfrenada, de odio indescriptible... Aquel grito ronco y pavoroso , que pudo entenderse perfectamente de la cúspide del monte de las Olivas, estaba expresado con los siguientes términos:



— Ecce Homo!... Mirad á vuestro rey; — dijo Pilatos con acento pronunciadamente sarcástico.

— ¡Crucifícale!...

Pilatos indignado, viendo cuan mal le salían sus planes, quiso gritar, pero no pudo, porque la ira y el desprecio, y no sé cuantos más sentimientos de repulsión y odio, anudáronle la voz en la garganta. Efectivamente; el pueblo que tenía delante era una manada de fieras, pero de fieras sanguinarias, indomables; de fieras que estando revestidas de la forma humana, eran una vergüenza para la humanidad. Cási tenían razón Pilatos y los soldados de Roma, cuando aseguraban que era necesario borrar aquel pueblo del número de los pueblos, y aquellos hombres del libro de la vida.

El Pretor repúsose en un momento, y halló en su corazón una manera para humillar al pueblo judío, devolviéndole el insulto más fiero por la más fiera exigencia, y procurando aplastarle con el peso del sarcasmo más sangriento, en correspondencia á la presión que pretendía obrar sobre el ánimo de Pilatos, para inducirle á la injusticia.

Así es que reuniendo todas sus fuerzas, y dando á su entonación un brio que estaba lejos de sentir en su pecho,

— ¡Ecce Homo!... Mirad á vuestro rey;— dijo Pilatos con acento pronunciadamente sarcástico, señalando la persona del Redentor del mundo.

El sarcasmo del pretor fue perfectamente entendido por todos los que llenaban la extensa plaza, y como vieron cuan mal parado se hallaba el divino Ser, á quien el romano llamaba rey de los judíos, y como vieron en la cabeza de Jesús aquella horrible corona que la destrozaba, las palabras del gobernador fueron para ellos como la mordedura del áspid, recibida sin ser esperada en mitad del corazón.

Y la rabia se apoderó de los judíos, y bramaban sordamente, como brama la tempestad que se forma á lo lejos,

amenazando con sus ruidos lejanos á la frondosa comarca que va á destruir. Esto sin embargo, y por mas que tales fueran los deseos de todos los enemigos de Jesucristo y de Roma, juzgaron que lo mejor seria callar, puesto que sus propósitos eran del todo irrealizables, y en su consecuencia contentáronse con maldecir y jurar, y dar un grado mas á la ira que ardia en sus infames pechos, contra el imperio que á la vez les sojuzgaba y les humillaba.

Y hubo una pausa. Ni pueblo ni jueces acertaban á volver en sí. Tan fiero habia sido el golpe que de recibir acababan con el sarcasmo de Pilatos. Este, que creyó ver en aquella vacilacion ó en aquel pasmo, un punto favorable al Redentor; este que creyó haber conseguido mas con un terrible sarcasmo, de lo que habia conseguido con las manifestaciones de la inocencia de Jesús, y con su vacilante energía, creyendo interesado al pueblo hebreo en favor del Señor, no por compasion, no por un sentimiento de humanidad, sino por orgullo, sino para que no se dijera la mofa que su rey habia recibido, dijo:

—Sí; ved ahí al hombre objeto de vuestras iras; ved ahí al hombre que odiais tan entrañablemente; ¿le conoceis? Ved ahí á vuestro rey, con un manto de púrpura y una corona de espinas, sin que tenga una parte sana en toda la extension de su cuerpo. Yo le juzgo bastante castigado ya, y vosotros debeis daros tambien por satisfechos. ¿Qué haré, pues, de él?

Á buen seguro que Pilatos no esperaba la contestacion que iba á recibir, porque por mucho que creyera conocer al pueblo hebreo, no le habia profundizado lo bastante, no habia descendido hasta el fondo de su corazon detestable, para enterarse del cieno corrompido, que allí trabajaba los miasmas de putrefaccion que disolvian para siempre al

que hasta entonces fuera llamado por Dios el pueblo escogido.

La contestacion de la multitud desenfrenada fue la que el pretor menos podia esperar, porque con una voz atronadora, pavorosa, terrible; voz que parecia el eco ronco de la mar irritada dijo:

—¡Crucifícale! ¡Crucifícale!...

—¿Crucificaré á vuestro rey?—gaturó con fuerza Pilatos, devolviendo á los judíos sarcasmo por exigencia.

—¡Crucifícale! ¡Crucifícale!...—repetia la multitud con mas ira, con mas desenfreno, con mas rencor, y poseida del odio y del vértigo mas infernal.

Pilatos puesto ya en el terreno de los sarcasmos, y recordando que poco antes les habia quitado para siempre el derecho de juzgar á los criminales, y de entender en ninguna causa, con una sonrisa fria, punzante, llena de insulto, y con acento calmoso pero reconcentrado, respondióles:

—Tomadle, pues, vosotros y crucificadle. Yo no puedo, yo no quiero hacerlo, porque no encuentro en él crimen alguno.

Onkelos y algunos jueces del Sanhedrin penetrando la intencion del pretor, procuraron eludir el ataque que Pilatos les dirigia, y le contestaron:

—Nosotros tenemos una ley, y segun ella, debe morir el Nazareno, porque se ha hecho pasar por el Hijo de Dios.

—En una palabra: ¿de qué le acusais, pues? De crimen político, ó de crimen religioso, por qué vuestras eternas divagaciones me llenan de confusion?

—¿Por qué le has castigado tú?—preguntóle Onkelos con altanería.—Á buen seguro que si tan limpio de culpa y tan inocente le hallaras, no hubieras dispuesto que se le

azotara y se le atormentase tanto. ¿Acaso te hallas sujeto á nuestra voluntad, para que podamos nosotros obrar sobre ella alguna presion? Por tí mismo le has hecho azotar, y advierte que él crimen por el cual ha merecido los azotes, merece tambien la muerte.

—Si otro castigo mereciera, tambien se le hubiese aplicado, y sus faltas se hallan ya suficientemente castigadas: —murmuró el esposo de Claudia, viendo que su misma crueldad é injusticia, léjos de favorecer al Señor como esperaba, era como le habia Cornelio advertido, un poderoso motivo para que los judíos tuvieran un punto sólido para cogerse en el terreno de las acusaciones.

Y sin esperar respuesta de los de la plaza, y lleno de admiracion, y á la par confundido, bien á su pesar convenciósese de que habia complicado mas y mas el resultado de la causa, con la flagelacion sangrienta.

Pilatos se hallaba poco menos que desesperado. Aquel caso, despues de todo, era para él un caso en que luchaba su honra con las malvadas exigencias de un pueblo sacrilego, dominado por el vértigo de la sangre, y del infinito crimen que meditaba y exigia.

Y así en esta disposicion entraron de nuevo en el pretorio, Pilatos, Jesucristo y el jefe de los lictores.

CAPITULO VII.

La súplica de Claudia.

Cuando se hallaron de nuevo en el salon del tribunal, Pilatos estaba dominado por una excitacion indefinible. La ira contra el pueblo hebreo, y los remordimientos

que le agitaban, eran cosas que le tenían completamente fuera de sí; eran cosas que le producian poco menos que una fiebre violenta, que un malestar general; eran cosas que quitándole la facultad de pensar con acierto, hacian que su mente divagara de un objeto á otro, sin que se resolviera á tomar una decision solemne y terminante.

Y así dominado por esta perplejidad deseaba preguntar á Jesús, pero no sabia que preguntarle, pues le interrogara sobre todos los extremos de la acusacion y en todos ellos habíale declarado inocente. Preguntar de nuevo, pues, no era divagar ociosamente, cosa tan opuesta á la rápida accion de los tribunales de Roma? ¿No era demostrar á Cristo la debilidad criminal que conturba á su juez?

De todos modos se resolvió á interrogar de nuevo al divino Redentor, y no sabiendo por donde empezar sus preguntas, y esperando tal vez que la contestacion del Cristo le daria luz para continuarlas, con entonacion agitada le dijo:

—¿De dónde eres tú?

Y como hemos visto al Señor tan parco en palabras; y como le hemos podido observar tan enemigo de contestaciones ociosas, recordando que Pilatos conocia el lugar de su patria, tuvo á bien no contestar á la ociosa pregunta del pretor.

Admirado Pilatos por el silencio de Jesucristo, quedóle mirando con visible pasmo, y léjos de irritarse por el proceder del Hijo del Eterno, llenóse de confusion viendo la sublime enseñanza que le daba aquel Ser tan inocente, y que tantos martirios debia á la criminal condescendencia del gobernador de Roma en Judea.

Esto, sin embargo, Pilatos no cejó en su empeño de preguntar á Jesús, repitiendo las mismas palabras que poco